

Y después de la boda... ¿qué?

Empar Pineda

Portavoz de ACAI (Asociación de Clínicas
Acreditadas para la Interrupción del Embarazo)
y miembro de Otras Voces Feministas

✉ empier44@gmail.com

CRIS Y YO NOS CASAMOS HACE CASI 10 AÑOS. Como llevábamos viviendo juntas 28, en la invitación a la boda lógicamente pedimos que no nos regalaran nada porque ya teníamos todo lo que necesitábamos (¡qué ocasión perdida!, pero nos pudo la maldita honestidad). A cambio, y como no andábamos sobradas de dinero, se nos ocurrió que cada cual se pagase la comida nupcial. Y así fue. Aunque hubo quienes se saltaron nuestra propuesta y, además, nos trajeron sus regalos.

La boda fue uno de los mejores recuerdos que tengo de aquellos años, empañado ahora por la falta de Pedro Zerolo, que, con Inés Sabanés, ofició la ceremonia. Lo que vino después fue una inolvidable fiesta en la que nos lo pasamos muy muy bien, según dijo todo el mundo (y creo que no mintieron). Hasta mi tío Antonio -que era la primera vez que venía a Madrid desde Hernani y la primera también que subía a un avión-, al ver la jarana que montamos, me dijo: “¿Joder, lo que me he perdido, no?”. Tenía 80 años. Y llegó la hora de despedirnos y lo hicimos con harta pena. Camino de casa recordamos tantas anécdotas que fue como seguir viviendo la fiesta.

Como era de suponer, lo que ocurrió fue que volvimos a la cotidianidad. Fueron nuestras amistades madrileñas quienes con mucha coña disfrutaban preguntándonos: “¿Qué?, ¿cómo se vive de casadas?”. “Muy bien”, contestábamos muy seriecitas las dos, siguiéndoles el juego. También hubo quienes nos preguntaron que por qué nos casábamos. Y ¿por qué no? Si las parejas heterosexual lo han podido hacer siempre y las nuestras desde hace un año, ¿por qué no? Me ahorro más explicaciones porque no vienen a cuento en este contexto.

Tengo que confesaros que, de vez en cuando, en casa, nos ponemos el vídeo que unas maravillosas amigas nos hicieron de nuestra boda. Y nos lo pasamos pipa porque en él, además, muchas de las personas que estuvieron nos decían cosas preciosas. Y las lagrimillas aparecen por lo tiernitas que nos ponen.

En la vida cotidiana lo más divertido suelen ser las situaciones en las que llaman a la puerta, abre una de nosotras y alguien dice: “¿Puede salir el cabeza de familia?”. En casa no hay cabeza, sino cabezas. Cree que estamos tomándole el pelo, se enfada ostentadamente y se marcha. Lo mismo ocurre cuando algún plasta lo hace vía telefónica. ¿Qué le vamos a hacer? Anécdotas de otro tipo son las de los sitios a los que sólo pueden entrar parejas. Como están acostumbrados a que se sobreentienda que las parejas son “chica-chico”, nos suelen parar los pies. Lo cachondo del caso es que cuando les explicamos de qué va la cosa se apresuran a excusarse con un “como no estamos acostumbrados”, etc. Por lo demás nuestra situación apenas ha cambiado, salvo el saber que tenemos los mismos derechos que las otras parejas, ¡que no es poco!